

pequeño escrito que copiamos á continuacion con la sentencia que se dió sobre el negocio.

ESCRITO DE FRAY LUIS DE LEON, DE SU PROPIA MANO, PRESENTADO EN VALLADOLID Á 26 DE SETIEMBRE DE 1576, DANDO ACLARACIONES SOBRE LA PREGUNTA QUE SE LE HIZO EN LA AUDIENCIA ANTERIOR.

Ilustres señores : El maestro fray Luis, en el pleito que trato, digo : Que me fué preguntado por vuestras mercedes acerca de la 13 proposicion de la Vulgata, lo que significaban y yo significué por aquellas palabras della *hujus editionis*, y yo respondí la misma verdad; á la cual respuesta me refiero. Y agora, para mayor evidencia, pongo este ejemplo en esta proposicion, si alguno la dijese : « Aunque concedamos que Justiniano compuso la *Instituta*, en muchos lugares de la dicha *Instituta* no estamos ciertos de la voluntad de Justiniano, porque los códices están diferentes;» notoria cosa es en verdadero y comun sentido que aquellas palabras *la dicha Instituta* no significan la pura como la escribió Justiniano, sino la que anda en los libros corrompida. Y notorio tambien es que no se significa la *Instituta* por una mesma manera en el principio de la proposicion, cuando dice *compuso la Instituta*, y despues cuando dice *de la dicha Instituta*; porque lo primero significa la *Instituta* pura, y lo segundo la corrompida; y con esto se responde al argumento que por vuestras mercedes me fué hecho. Y juntamente con esto suplico á vuestras mercedes, y hablando con el acatamiento que debo, les requiero, que si comunicaren la dicha proposicion con algun letrado, le muestren las palabras que inmediatamente le suceden, que son la proposicion 14, porque en realidad de verdad pertenecen á ella misma, y el consultor ó teólogo que las dividió no tuvo razon. — *Fray Luis de Leon.*

FIN DEL EXTRACTO DEL PROCESO.

PRONUNCIACION POR LOS INQUISIDORES DE VALLADOLID DE LA SENTENCIA DADA POR EL CONSEJO DE LA SUPREMA EN EL PROCESO DE FRAY LUIS DE LEON.

Visto este proceso que ante nos ha pendido y pende entre partes, conviene á saber: de la una actor acusante el promotor fiscal deste Santo Oficio, y de la otra reo acusado el maestro fray Luis de Leon, natural de la villa de Belmonte, fraile profeso de la órden de señor San Agustin, catredático de Durando en la universidad de Salamanca, residente en ella, preso en las cárceles deste Santo Oficio, sobre cierta acusacion y cargo que el dicho promotor fiscal puso contra el susodicho, de ciertas proposiciones que resultaban y se colegian, así de deposiciones de testigos como de leturas y cartapacios que se hallaron en su poder, y sobre las demás razones y causas en el proceso del dicho pleito contenidas, á que nos referimos. Y habido sobre todo ello nuestro acuerdo y deliberacion con personas muy graves y de muchas letras y rectas conciencias,

CHRISTI NOMINE INVOCATO,

fallamos, atento los auctos é méritos del dicho proceso, que debemos de absolver y absolvemos al dicho maestro fray Luis de Leon de la instancia deste juicio, con que en la sala deste Santo Oficio sea reprendido y advertido que de aquí adelante mire cómo y adónde trata cosas y materias de la calidad y peligro que las que deste proceso resultan, y tenga en ellas mucha moderacion y prudencia, como conviene para que cese todo escándalo y ocasion de errores. E por justas causas é respetos que á ello nos mueven, que debemos mandar y mandamos que por este Santo Oficio se recoja el cuaderno de los *Cantares*, traducido en romance y ordenado por el dicho fray Luis de Leon. Y por esta nuestra sentencia difinitiva juzgando, así lo pronunciamos y mandamos en estos escriptos é por ellos. — *El doctor Quijano de Mercado.* — Hay una rúbrica. — *El licenciado Andrés de Alava.* — Hay una rúbrica. — *El licenciado Pedro de Quiroga.* — Hay una rúbrica. — *El doctor Frechilla.* — Hay una rúbrica.

## OBRAS

DEL

## MAESTRO FRAY LUIS DE LEON.

---

# OBRAS POÉTICAS,

DIVIDIDAS EN TRES LIBROS.

---

A DON PEDRO PORTOCARRERO,

FRAY LUIS DE LEON.

ENTRE las ocupaciones de mis estudios en mi mocedad, y casi en mi niñez, se me cayeron como de entre las manos estas obrecillas, á las cuales me apliqué mas por inclinacion de mi estrella que por juicio ó voluntad. No porque la poesía, mayormente si se emplea en argumentos débidos, no sea digna de cualquier persona y de cualquier nombre; de lo cual es argumento que convence, haber usado Dios della en muchas partes de sus sagrados libros, como es notorio; sino porque conocia los juicios errados de nuestras gentes, y su poca inclinacion á todo lo que tiene alguna luz de ingenio ó de valor, y entendia las artes y mañas de la ambicion y del estudio, del interés propio y de la presuncion ignorante, que son plantas que nacen siempre y crecen juntas, y se enseñorean agora de nuestros tiempos. Y así tenia por vanidad excusada, á costa de mi trabajo ponerme por blanco á los golpes de mil juicios desvariados, y dar materia de hablar á los que no viven de otra cosa. Y señaladamente siendo yo de mi natural tan aficionado al vivir encubierto, que despues de tantos años como há que vine á este reino, son tan pocos los que me conocen en él, que, como vuesamerced sabe, se pueden contar por los dedos. Por esta causa nunca hice caso desto que compuse, ni gasté en ello mas tiempo del que tomaba para olvidarme de otros trabajos, ni puse en ello mas estudio del que merecia lo que nacia para nunca salir á luz; de lo cual ello mismo, y las faltas que en ello hay, dan suficiente testimonio. Pero como suele acontecer á algunos mozos, que maltratados de los padres ó ayos, se meten frailes, así estas mis mocedades, teniéndose como por desechadas de mí, se pusieron, segun parece, en religion, y tomaron nombre y hábito muy mas honrado del que ellas merecian, y han andado debajo dél muchos dias en los ojos y en las manos de muchas gentes, haciendo agravio á una persona religiosa y bien conocida de vuesamerced, á quien se allegaron, con la cual yo en los años pasados tuve estrecha amistad, y no la nombro aquí por no agravialla. Mas la ocasion deste error vuesamerced la sabe, y porque es para pocos, y decilla aquí seria comunicalla con muchos, no la digo. Basta saber que la persona que he dicho, por condescender con mi gusto, que era vivir desconocido, disimuló hasta que, fatigado ya con otras cosas que la malicia y envidia de algunos hombres pusieron á sus cuevas, de las cuales Dios le descargó, como se ha parecido, trató conmigo que, si no me era pesado, le librase yo tambien desta carga. Si el reconocer mis obras y el publicarme por ellas fuera poner la vida en condicion, en un ruego y demanda tan justa lo hiciera; y no aventurando en ello cosa que importe, mas que es vencer un gusto mio particular, si lo rehusara no me tuviera por hombre. Y así lo hice, ó por mejor decir, lo hago ahora. Y recogiendo á este mi hijo perdido, y apartándole de mil malas compañías que se le habian juntado, y emendando de otros tantos malos siniestros que habia cobrado con el andar vagueando, le vuel-

vo á mi casa y recibo por mio; y porque no se queje de mí, que le he sacado de la iglesia adonde él se tenia por seguro, envíele á vuesamerced para que le ampare como cosa suya, pues yo lo soy; que con tal trueque bien sé que perderá la queja y se tendrá por dichoso.

Son tres partes las deste libro. En la una van las cosas que yo compuse mias. En las dos postreras las que traduje de otras lenguas, de autores así profanos como sagrados. Lo profano va en la segunda parte, y lo sagrado, que son algunos salmos y capítulos de Job, van en la tercera. De lo que yo compuse, juzgará cada uno á su voluntad; de lo que es traducido, el que quisiere ser juez pruebe primero qué cosa es traducir poesías elegantes de una lengua extraña á la suya, sin añadir ni quitar sentencia, y con guardar cuanto es posible las figuras del original y su donaire, y hacer que hablen en castellano, y no como extranjeras y advenedizas, sino como nacidas en él y naturales. No digo que lo he hecho yo, ni soy tan arrogante; mas helo pretendido hacer, y así lo confieso. Y el que dijere que no lo he alcanzado, haga prueba de sí, y entonces podrá ser que estime mi trabajo mas; al cual yo me incliné solo por mostrar que nuestra lengua recibe bien todo lo que se la encomienda, y que no es dura ni pobre, cómo algunos dicen, sino de cera y abundante para los que la saben tratar. Mas esto, caiga como cayere, que yo no curo mucho dello; solo deseo agradar á vuesamerced, á quien siempre pretendo servir; y el que no me conociere por mi nombre, conózcame por esto, que es solamente de lo que me precio y lo que, si en mí hay cosa buena, tiene algun lugar.

## LIBRO PRIMERO.

¡Qué descansada vida  
La del que huye el mundanal ruido,  
Y sigue la escondida  
Senda por donde han ido  
Los pocos sábios que en el mundo han sido!  
Que no le enturbia el pecho  
De los soberbios grandes el estado,  
Ni del dorado techo  
Se admira, fabricado  
Del sábio moro, en jaspes sustentado.  
No cura si la fama  
Canta con voz su nombre pregonera,  
Ni cura si encarama  
La lengua lisonjera  
Lo que condena la verdad sincera.  
¿Qué presta á mi contento,  
Si soy del vano dedo señalado,  
Si en busca de este viento  
Ando desalentado  
Con ansias vivas, con mortal cuidado?  
¡Oh monte, oh fuente, oh río,  
Oh secreto seguro, deleitoso!  
Roto casi el navío,  
A vuestro almo reposo  
Huyo de aqúeste mar tempestuoso.  
Un no rompido sueño,  
Un día puro, alegre, libre quiero;  
No quiero ver el ceño  
Vanamente severo  
De á quien la sangre ensalza ó el dinero.  
Despiértenne las aves  
Con su cantar sabroso no aprendido,  
No los cuidados graves  
De que es siempre seguido  
El que al ajeno arbitrio está atenido.  
Vivir quiero conmigo,  
Gozar quiero del bien que debo al cielo,  
A solas, sin testigo,  
Libre de amor, de celo,  
De odio, de esperanzas, de recelo.  
Del monte en la ladera  
Por mi mano plantado tengo un huerto,  
Que con la primavera,  
De bella flor cubierto,  
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.  
Y como codiciosa,  
Por ver y acrecentar su hermosura,  
Desde la cumbre airosa  
Una fontana pura  
Hasta llegar corriendo se apresura;  
Y luego sosegada,  
El paso entre los árboles torciendo,  
El suelo de pasada  
De verdura vistiendo,  
Y con diversas flores va esparciendo.  
El aire el huerto orea,  
Y ofrece mil olores al sentido,  
Los árboles menean  
Con un manso ruido,  
Que del oro y del cetro pone olvido.  
Ténganse su tesoro  
Los que de un falso leño se confían;  
No es mio ver el lloro  
De los que desconfían  
Cuando el cierzo y el ábrego porflan.  
La combatida antena  
Cruje, y en ciega noche el claro día  
Se torna, al cielo suena  
Confusa vocería,  
Y la mar enriquecen á porfia.

A mí una pobrecilla  
Mesa, de amable paz bien abastada,  
Me basta, y la vajilla  
De fino oro labrada  
Sea de quien la mar no teme airada.  
Y mientras miserable-  
Mente se están los otros abrasando  
Con sed insaciable  
Del peligroso mando,  
Tendido yo á la sombra esté cantando;  
A la sombra tendido,  
De hiedra y lauro eterno coronado,  
Puesto el atento oído  
Al son dulce, acordado,  
Del plectro sábiamente meneado.

### A DON PEDRO PORTOCARRERO.

Virtud, hija del cielo,  
La mas ilustre empresa de la vida  
En el oscuro suelo,  
Luz tarde conocida,  
Senda que guía al bien, poco seguida:  
Tú dende la hoguera  
Al cielo levántaste al fuerte Alcides,  
Tú en la mas alta esfera  
Con las estrellas mides  
Al Cid, clara victoria de mil lides;  
Por tí el paso desvia  
De la profunda noche, y resplandece  
Muy mas (cual claro día)  
De Leda el parto, y crece  
El Córdoba á las nubes, y florece;  
Y por su senda agora  
Traspasa luengo espacio con ligero  
Pié y ala voladora  
El gran Portocarrero,  
Osado de ocupar el bien primero.  
Del vulgo se descuesta,  
Hollandando sobre el oro firme, aspira  
A lo alto de la cuesta;  
Ni violencia de ira  
Ni blando y dulce engaño le retira.  
Ni mueve mas ligera,  
Ni mas igual divide por derecha  
El aire y fiel carrera,  
O la tracion flecha  
O la bola tudésca, un fuego hecha.  
En pueblo inculto y duro  
Induce poderoso igual costumbre,  
Y do se muestra oscuro  
El cielo enciende lumbre,  
Valiente á ilustrar mas alta cumbre.  
Dichosos los que bañan  
El Miño, los que el mar monstruoso cierran  
Dende la fiel montaña  
Hasta el fin de la tierra,  
Los que desprecia de Ume la alta sierra.

### A FRANCISCO DE SALINAS.

El aire se serena  
Y viste de hermosura y luz no usada,  
Salinas, cuando suena  
La música extremada  
Por vuestra sábia mano gobernada;  
A cuyo son divino  
El alma, que en oído está sumida,

Torna á cobrar el tino  
Y memoria perdida  
De su origen primera esclarecida.  
Y como se conoce,  
En suerte y pensamiento se mejora;  
El oro desconoce  
Que el vulgo vil adora,  
La belleza caduca engañadora.  
Traspasa el aire todo  
Hasta llegar á la mas alta esfera,  
Y oye allí otro modo  
De no perecedera  
Música, que es la fuente y la primera.  
Y como está compuesta  
De números concordados, luego envía  
Consonante respuesta,  
Y entre ambos á porfía  
Se mezcla una dulcísima armonía.  
Aquí la alma navega  
Por un mar de dulzura, y finalmente  
En él así se anega,  
Que ningún accidente  
Extraño y peregrino oye y siente.  
¡Oh desmayo dichoso!  
Oh muerte que das vida! oh dulce olvido,  
Durase en tu reposo,  
Sin ser restituido  
Jamás aqueste bajo y vil sentido.  
A este bien os llamo,  
Gloria del apolíneo sacro coro,  
Amigo á quien amo  
Sobre todo tesoro;  
Que todo lo visible es tristelloro.  
¡Oh! suene de continuo,  
Salinas, vuestro son en mis oídos,  
Por quien al bien divino  
Despiertan los sentidos,  
Quedando á lo demás adormecidos.

Inspira nuevo canto  
Caliopé en mi pecho aqueste día,  
Que de los Borjas canto  
Y Enriquez la alegría  
Del rico don que el cielo les invía.  
Hermoso sol luciente,  
Que el día das y llevas, rodeado  
De luz resplandeciente  
Mas de lo acostumbrado,  
Sal, y verás nacido tu traslado;  
O si te place agora  
En la región contraria hacer manida,  
Detente allí en buen hora,  
Que con la luz nacida  
Podrá ser nuestra esfera esclarecida.  
Alma divina, en velo  
De femeniles miembros encerrada,  
Cuando veniste al suelo  
Robaste de pasada  
La celestial riquísima morada.  
Díeronte bien sin cuento  
Con voluntad concorde y amorosa,  
Quien rige el movimiento  
Sexto, con la diosa  
De la tercera rueda poderosa.  
De tu belleza rara  
El envidioso viejo mal pagado,  
Torcíó el paso y la cara,  
Y el fiero Marte airado  
El camino dejó desocupado.  
Y el rojo y crespo Apolo,  
Que tus pasos guiando, descendía  
Contigo al bajo polo,  
La cítara hería,  
Y con divino canto así decía:  
«Deciende en punto bueno,  
Espíritu real, al cuerpo hermoso,  
Que en el ilustre seno  
Te espera deseoso,  
Por dar á tu valor digno reposo.

»El te dará la gloria  
Que en el terreno cerco es mas tenida:  
De agüelos larga historia,  
Por quien la no hundida  
Nave, por quien la España fué regida.  
»Tú dale, en cambio desto,  
De los eternos bienes la nobleza,  
Deseo alto, honesto,  
Generosa grandeza,  
Claro saber, fe llena de pureza.  
»En tu rostro se vean  
De su beldad sin par vivas señales,  
Los tus dos ojos sean  
Dos luces inmortales  
Que guíen al sumo bien á los mortales.  
»El cuerpo delicado,  
Como cristal lucido y transparente,  
Tu gracia y bien sagrado,  
Tu luz, tu continente  
A sus dichosos siglos represente.  
»La soberana agüela,  
Dechado de virtud y hermosura,  
La tia de quien vuela  
La fama, en quien la dura  
Muerte mostró lo poco que el bien dura;  
»Con todas cuantas precio  
De gracia y de belleza hayan tenido,  
Serán por tí en desprecio  
Y puestas en olvido,  
Cual hace la verdad con lo fingido.  
»¡Ay tristes! ay dichosos  
Los ojos que te vieren! Huyan luego,  
Si fueren poderosos,  
Antes que prenda el fuego  
Contra quien no valdrá ni oro ni ruego.  
»Ilustre y tierna planta,  
Dulce gozo de tronco generoso,  
Creciendo te levanta  
A estado el mas dichoso  
De cuantos dió ya el cielo venturoso.»

## A FELIPE RUIZ, DE LA AVARICIA.

En vano el mar fatiga  
La vela portuguesa, que ni el seno  
De Persia ni la amiga  
Maluca da árbol bueno,  
Que pueda hacer un ánimo sereno.  
No da reposo al pecho,  
Felipe, ni la India, ni la rara  
Esmeralda provecho,  
Que mas tuerce la cara  
Cuanto posee mas el alma avara.  
Al capitán romano  
La vida, y no la sed, quitó el bebed.  
Tesoro persiano,  
Y Tantalo metido  
En medio de las aguas afligido.  
De esta sed, y mas dura,  
La suerte es del mezzquino que sin tasa  
Se cansa así, y endura  
El oro y la mar pasa  
Osado, y no osa abrir la mano escasa.  
¿Qué vale el no tocado  
Tesoro, si corrompe el dulce sueño,  
Si estrecha el fiudo dado,  
Si mas enturbia el ceño,  
Y deja en la riqueza pobre al dueño?

## OTRA.

Elisa, ya el preciado  
Cabello que del oro escarnio hacia,  
La nieve ha variado.  
¡Ay! ¡Yo no te decía:  
«Recoge Elisa el pie, que vuela el día?»  
Ya los que prometían  
Durar en tu servicio eternamente,  
Ingratos se desvían,

## PROFECÍA DEL TAJO.

Por no mirar la frente  
Con rugas, y afeado el negro diente.  
¿Qué tienes del pasado  
Tiempo sino dolor? ¿Cuál es el fruto  
Que tu labor te ha dado,  
Sino es tristeza y luto,  
Y el alma hecha sierva á vicio bruto?  
¿Qué fe te guarda el vano  
Por quien tú no guardaste la debida  
A tu bien soberano;  
Por quien mal proveída,  
Perdiste de tu seno la querida  
Prenda; por quien velaste;  
Por quien ardiste en celo; por quien uno  
El cielo fatigaste  
Con gemido importuno;  
Por quien nunca tuviste acuerdo alguno  
De tí mesma? Y agora,  
Rico de tus despojos, mas ligero  
Que el ave huye, y adora  
A Lida el lisonjero;  
Tú quedas entregada al dolor fiero.  
¡Oh cuánto mejor fuera  
El don de hermosura que del cielo  
Te vino, á cuyo era  
Habello dado en velo  
Santo, guardado bien del polvo y suelo!  
Mas hora no hay tardía,  
Tanto nos es el cielo piadoso,  
Mientras que dura el día;  
El pecho hervoroso  
En breve del dolor saca reposo.  
Que la gentil señora  
De Magdalo, bien que perdidamente  
Dañada, en breve hora  
Con el amor ferviente  
Las llamas apagó del fuego ardiente;  
Las llamas del malvado  
Amor con otro amor mas encendido,  
Y consiguió el estado  
Que no fué concedido  
Al huésped arrogante en bien fingido.  
De amor guiada y pena,  
Penetra el techo extraño, y atrevida,  
Ofrecese á la ajena  
Presencia, y sábia olvida  
El ojo mofador, buscó la vida.  
Y toda derrocada  
A los divinos piés que la traían,  
Lo que la en sí fiada  
Gente olvidado habían,  
Sus manos, boca y ojos lo hacían.  
Lavaba, larga en lloro,  
Al que su torpe mal lavando estaba;  
Limpiaba con el oro  
Que la cabeza ornaba  
A su limpieza, y paz á su paz daba.  
Decía: «Solo amparo  
De la miseria, extrema medicina  
De mi salud, reparo  
De tanto mal, inclina  
A aqueste cieno tu piedad divina.  
»¡Ay! ¿qué podrá ofrecerte  
Quien todo lo perdió? aquestas manos,  
Osadas de ofenderte,  
Aquestos ojos vanos  
Te ofrezco, y estos labios tan profanos.  
»La que sudó en tu ofensa  
Trabajó en tu servicio, y de mis males  
Proceda mi defensa;  
Mis ojos dos mortales  
Fraguas, dos fuentes sean manantiales.  
»Bañen tus piés mis ojos,  
Límpienlos mis cabellos, dé tormento  
Mi boca, y red de enojos  
Les dé besos sin cuento,  
Y lo que me condena te presento.  
»Preséntote un sugeto  
Tan mortalmente herido, cual conviene  
Do un médico perfeto  
De cuanto saber tiene  
Dé muestra, que por siglos mil resuene.»

Folgaba el rey Rodrigo  
Con la hermosa Cava en la ribera  
Del Tajo, sin testigo;  
El río sacó fuera  
El pecho, y le habló desta manera:  
«En mal punto te goces,  
Injusto forzador; que ya el sonido  
Oyo ya, y las voces,  
Las armas y el bramido  
De Marte, y de furor y ardor ceñido.  
»¡Ay! esa tu alegría  
Qué llantos acarrea, y esa hermosa  
(Que vió el sol en mal día),  
A España ¡ay! cuán llorosa,  
Y al cetro de los godos cuán costosa.  
»Llamas, dolores, guerras,  
Muertes, asolamiento, fieros males  
Entre tus brazos cierras,  
Trabajos inmortales,  
A tí y á tus vasallos naturales;  
»A los que en Constantina  
Rompen el fértil suelo, á los que bañan  
El Ebro, á la vecina  
Sansueña, á Lusitania,  
A toda la espaciosa y triste España.  
»Ya dende Cádiz llama  
El injuriado conde, á la venganza,  
Atento, y no á la fama,  
La bárbara pujanza,  
En quien para tu daño no hay tardanza.  
»Oye que al cielo toca  
Con temeroso son la trompa fiera;  
Que en Africa convoca  
El moro á la bandera,  
Que al aire desplegada va ligera.  
»La lanza ya blanda  
El árabe cruel, y hiere el viento  
Llamando á la pelea;  
Innumerable cuento  
De escuadras juntas veo en un momento.  
»Cubre la gente el suelo,  
Debajo de las velas desaparece  
La mar, la voz al cielo  
Confusa y varia crece,  
El polvo roba el día y le escurece.  
»¡Ay, que ya presurosos  
Suben las largas naves! ay, que tienden  
Los brazos vigorosos  
A los remos, y encienden  
Las mares espumosas por do hieden!  
»El Eolo derecho  
Hinche la vela en popa, y larga entrada  
Por el hercúleo estrecho  
Con la punta acerada  
El gran padre Neptuno da á la armada.  
»¡Ay triste! ¿y aun te tiene  
El mal dulce regazo, ni llamado  
Al mal que sobreviene  
No acorres? ¿Ocupado  
No ves ya el puerto á Hércules sagrado?  
»Acude, corre, vuela,  
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,  
No perdones la espuela,  
No des paz á la mano,  
Menea fulminando el hierro insano.  
»¡Ay cuánto de fatiga!  
Ay cuánto de sudor está presente  
Al que viste loriga,  
Al infante valiente,  
A hombres y á caballos juntamente!  
»Y tú, Bétis divino,  
De sangre ajena y tuya amancillado,  
¡Darás al mar vecino  
Cuánto yelmo quebrado,  
Cuánto cuerpo de nobles destrozado!  
»El furibundo Marte  
Cinco luces las haces desordena,  
Igual á cada parte;  
La sexta ¡ay! te condena,  
Oh cara patria, á bárbara cadena.»